

Llévate mi dolor

Katerina Gordéyeva

Traducción de Jorge Ferrer

comanegra

ÍNDICE

Prefacio	13
1. Las cucarachas	25
2. El imán	36
3. La barriga	54
4. Las raíces	60
5. Las alianzas	76
6. La lente	84
7. El gorrito	104
8. La nevera	120
9. La plancha	135
10. El demonio	154
11. Los ojos	176
12. Ocho horas	189
13. La botella	203
14. Peppa Pig	221
15. El roaming	236
16. La chocolatina	269
17. Las zarzamoras	284
18. La gata	297
19. El tocino	315
20. La miel	326
21. Los Gansos y los Cisnes	338
22. El manual	355
23. El bordillo	367
24. La funda de almohada	377

*A mi abuela Roza, nacida en Nikolaiev
y fallecida en Rostov del Don.*

*A mi abuela Katia, nacida en Moscú
y fallecida en Kiev.*

A toda la gente que quiero en ambos flancos de la guerra.

*Y el odio vuela del sur al norte,
dándole alcance a la primavera.*
IÓSIF BRODSKY

PREFACIO

Naumburgo, Alemania

N 51° 09' 12"

E 11° 50' 12"

Me pidieron que escribiera un prefacio para este libro. Que explicara en pocas palabras el proceso de su escritura. Me propuse atender a ese ruego en el plazo señalado, pero acabé pasando varias semanas ante la página en blanco.

Soy periodista. Trabajé largos años en la televisión rusa. Fui reportera y estuve en muchos puntos calientes. Cuando la propaganda comenzó a sustituir a la libertad, y la lealtad al poder adquirió mayor importancia que la profesionalidad, me vi obligada a abandonar la televisión. Marché de Rusia después de la anexión de Crimea y el estallido de la guerra en el sur-este de Ucrania.

Entonces, comencé a ejercer el periodismo de manera independiente. Tengo un canal en YouTube con un millón y medio de suscriptores. Los vídeos que subo acumulan decenas de millones de vistas. Aun habiéndome marchado al extranjero, continué produciendo contenidos sobre Rusia y hablando de ella: por muchas vueltas que le dé, no tengo otra patria que Rusia. Tampoco la tendré.

El 24 de febrero de 2022 tuve la impresión de que todo eso dejaba de tener sentido.

Jamás pensé que les diría a mis hijos la frase «Dejad de chillar, que esta mañana ha estallado la guerra». Y, sobre todo, jamás se me ocurrió que me vería en el trance de decirles que

esa guerra la había iniciado el país al que ellos y yo llamamos patria.

La mitad de nuestra familia vive en Ucrania, en Kiev: mi primo y mi prima, sus familias y sus hijos; también mi anciano tío, nacido en 1939.

De modo que mi país desató una guerra contra las personas que amo. Y, puesto que se trata de mi país, formalmente, lo hizo en mi nombre.

Mi profesión acudió entonces en mi socorro: decidí registrar lo que estaba ocurriendo. A fin de cuentas, todos habíamos ido a parar a un manual de historia, a ocupar sus páginas más oscuras.

Desde febrero de 2022, prácticamente no he parado en casa. Todo han sido viajes, charlas, rodajes. Pero, al margen de los viajes planificados y las citas concertadas con personas concretas, los protagonistas de este libro se fueron colando en mi vida siguiendo las vías más inimaginables: en una oficina de inmigración ubicada en una frontera, en un tren, en la calle, a través de conocidos o de conocidos de conocidos, gracias a conversaciones escuchadas sobre la marcha, traídas por preguntas hechas al azar.

La guerra segaba vidas y nos arrastraba a todos a un torbellino de odio inagotable, pero, paso a paso, yo conseguía penetrar en todo aquello que resultaba insoportable, imperdonable, letal. Soy consciente de lo difícil que les resultó a los protagonistas de este libro reunirse conmigo, hablar conmigo. En ocasiones, el problema estribaba en que hablaran precisamente conmigo. Pero una y otra vez toda esa gente extraordinaria encontró las fuerzas para hacerlo. Y hablamos.

Así se hizo la película que publiqué en mi canal de YouTube el verano de 2022.

Honestamente, yo creía que cuando se publicara la película, me sentiría algo mejor. Que dejaría de tener metido en la cabeza todo lo visto y oído, que me sacaría del corazón esas historias. Que encontraría sosiego.

Pero la película se emitió y mis personajes, tanto los que aparecieron en ella, como aquellos cuyas historias no entraron en el montaje final, se resistieron a abandonarme. Sus voces no dejaban de sonarme en los oídos. Entonces comprendí que no era bastante lo que había hecho, que tenía que anotar todo lo que me dijeron.

Fue de ese modo como, en el verano de 2022, comencé a trabajar en este libro. Y, mientras lo hacía, no dejaban de aparecer en mi vida nuevos personajes. La guerra, entretanto, no acababa. Y cada vez resultaba más difícil habituarse a ella. Pero yo no paré de escribir. Así se hizo este libro.

El caso es que, cuando me pidieron que escribiera este prefacio, estuve varias semanas sin poder empezar. No daba crédito, no entendía lo que me sucedía, por qué no podía escribir una sola palabra.

La carta que me envió una de las protagonistas de este libro vino en mi socorro. Después de leer el manuscrito, me escribió: «Cada uno de nosotros experimentó su propia historia trágica, terrible. Pero tú las has vivido todas».

Sí, así fue.

*

El viaje en tren de Berlín a Naumburgo cuesta algo más de tres horas y requiere hacer transbordo en Halle. ¿Por qué hago este viaje?

La espera en Halle es de veintiocho minutos. La estación es enorme. Tiene el techo de cristal. Levanto la vista y veo un

avión que va surcando el cielo. No sé por qué lo hago, pero me pregunto qué pasaría si arrojara una bomba sobre la estación. Ahora me hago esas preguntas todo el tiempo.

Otra cosa que me sucede ahora es que no puedo ver vídeos tomados por drones. A veces resulta ridículo: un conocido me envió el vídeo de una hembra de alce que había parido unas crías y vivía con ellas en algún lugar del bosque en la región de Ivánovo. Mi amigo filmó la vida de la familia de alces con un dron. Las imágenes no mostraban más que a la madre, los pequeños alces y el bosque. Y, sin embargo, yo no era capaz de verlas. Porque sentía miedo. Todo el tiempo pensaba que en cualquier momento saldría un hombre corriendo y comenzaría a pegar tiros, que le dispararían a él también. Y que, al final, acabarían matándolo, filmarían su agonía con el dron y yo asistiría a las imágenes de su muerte en lugar de a la alegre vida de las crías de alce. Las miraría, pero sin derramar una sola lágrima, porque en el año de guerra me había olvidado de cómo llorar. Como nos ha pasado a todos.

Pero heme aquí en la estación de ferrocarril de Halle. Todo está bien. Nadie se dispone a dejar caer bombas sobre nosotros. Nadie aquí les teme a los drones. Intento liberarme de mi miedo soltando el aire suavemente. Voy a comprar un zumo de naranja. ¿Cuánto cuesta? ¿Tres euros? ¿Cuatro? ¿Dos con cincuenta? Ya no lo recuerdo, porque, en el momento en el que el precio apareció en la pantalla de la caja registradora, recibí un mensaje de Tania desde Mariúpol.

Tania escribió:

Desde que en los primeros días de marzo comenzaron los bombardeos en el bulevar del Mar, donde teníamos el apartamento, me fui con los niños al refugio del edificio de mamá en la calle

Meotida. Cada tres o cuatro días caminábamos el kilómetro que separaba las dos casas para ir al apartamento, donde habíamos dejado a los dos gatos. El 11 de marzo fue uno de esos días en los que fui a darles de comer. Ya me disponía a marchar cuando comenzaron a caer los proyectiles. Los militares habían colocado una pieza de mortero en la azotea de nuestro bloque. Todo el edificio se estremecía. En las habitaciones pendía todo el tiempo una cortina de polvo de cemento. Una bomba cayó muy cerca, impactando sobre la iglesia baptista, que quedó destrozada. Los cascotes y la ola expansiva reventaron los cristales de las ventanas de nuestro apartamento y hasta arrancaron algunos marcos de cuajo. En la calle estaban disparando con fusiles automáticos. Las balas entraban por las ventanas del apartamento y silbaban en las habitaciones antes de ir a clavarse en los muros. Me tumbé en el suelo del rellano, entre los apartamentos. Los vecinos se habían marchado. Todo lo que quedaba allí era el bombardeo, la penumbra, el frío y la soledad más absoluta. Cuando cayó la noche, volvieron las bombas. Nuestro edificio comenzó a arder. Ardió toda la noche. Yo tenía miedo de que el fuego se moviera hacia nuestra escalera, porque el viento soplaba del este. Pero poco antes del amanecer el ataque amainó y el fuego se apagó casi por completo. Hacia las 04:30 de la mañana esparcí por el suelo varios kilogramos de pienso para gatos, les llené una palangana de agua y salí a la calle. Lo que encontré parecía una escena apocalíptica. La sensación que me embargó era de una completa irrealdad. Pero, a la vez, tuve miedo de que si regresaba al apartamento acabaría muerta. Entonces todavía no sabía que ya no volvería jamás a casa, que dentro de unos pocos días el edificio acabaría ardiendo por completo, que junto a él arderían mis queridas mascotas, mis parientes enfermos y los vecinos que todavía permanecían en sus casas...

Corrí por las calles llenas de vidrios rotos y fibrocemento hecho añicos; crucé a saltos sobre las planchas de hormigón. Pasé a la carrera junto a cadáveres tendidos bajo la tapia de la guardería. Solo me había llevado de casa el pasaporte y el certificado de discapacidad. En el bolsillo llevaba una nota donde constaban mi nombre, mi patronímico y el apellido, más la dirección de mamá y la de mi hermano. Estaba pensada para que, en caso de hallarme muerta, se supiera a quién avisar. No encontré una sola persona viva en todo el camino. Pero conseguí llegar al refugio. Mi hija me preguntó al verme: «¿Y dónde dejaste a Liosha?». Me sentí desfallecer. Liosha es mi hijo. Resultó que la víspera, Liosha había salido en mi búsqueda. Pero ni llegó a casa, ni regresó al sótano que le servía de refugio. Los hombres del refugio encontraron su cuerpo varios días más tarde. Estaba en un descampado entre dos edificios con las tripas fuera. La culpa es mía, porque había salido a buscarme. No me lo perdonaré jamás. Lo enterramos en un patio.

Si estoy viajando ahora a Naumburgo es para encontrarme con Tania. Tengo una fotografía que la muestra: una mujer de cabello negro, de pie en el pasillo de un coche de ferrocarril. Tiene los brazos caídos junto al cuerpo. Parece que lleva una bolsa de plástico en una mano. Aunque puede que no sea así. Que la lleve vacía. La foto me la envió un voluntario que la ayudó a abandonar Rusia y llegar a Naumburgo. El voluntario me escribió esto: «Tania es la extracción más dura de todas las que he hecho desde que comenzó la guerra».

Pienso en la cantidad de gente que ese voluntario habrá sacado de Rusia. Y pienso también en que, antes, ese mismo voluntario se dedicaba a curar dientes y a tejer bufanditas de cachemira en una pequeña ciudad rusa. Pero ahora sabe cómo

sacar del país a una persona que carece de documentos de identidad, cómo convencer a alguien que lo ha perdido todo de seguir viviendo, cómo pasar muestras de ADN de Rusia a Ucrania para identificar a los muertos. Son cosas muy importantes todas ellas, francamente.

Tania intenta disuadirme del encuentro. «Padezco de parálisis cerebral infantil —me escribe— y eso no es precisamente agradable de ver». Yo en lo que pienso es en el heroísmo que entraña parir niños padeciendo parálisis cerebral infantil. Pienso en lo orgullosa que, con toda seguridad, estaba Tania.

Tania, por cierto, nació en el Primorie, la región rusa situada en el oriente del país con capital en Vladivostok. A principios de los años ochenta sus padres se la llevaron al Mariúpol soviético, en la cálida costa del mar de Azov. Se creía que bañarse en esas aguas era bueno para los niños con parálisis cerebral. A los padres de Tania les gustó la ciudad y acabaron asentándose en ella. Tania creció, se casó y dio a luz a dos criaturas: un niño y una niña. Por si eso fuera poco, tenía un apartamento con vistas al mar.

Subo al tren. Queda una hora y un poquito para mi encuentro con Tania. El convoy se pone en marcha y me llega otra comunicación de ella:

Después de la muerte de mi hijo y mi marido, me encerré en aquel sótano con mi madre y mi hija. Había un centenar de personas allí con nosotras. Dormíamos sentados, porque no había sitio para tumbarse. Tampoco había luz ni agua, ni comunicación con el resto del mundo. Durante todo ese tiempo no nos lavamos, ni nos quitamos las botas y los gorros. Hacía mucho frío. Al principio, sacábamos el agua que había en los calentadores de las tiendas reventadas por las bombas. Después, fundíamos

nieve o hervíamos y bebíamos agua para uso industrial. Un día se terminó el agua. Los francotiradores instalados en los edificios vecinos comenzaron a disparar sobre los hombres que abandonaban el sótano para buscar agua potable o colocar la tetera en una hoguera. A los muertos les dábamos sepultura en los cráteres que las bombas dejaban cerca del edificio en cuyo sótano nos ocultábamos.

El 19 de marzo mi hija subió al apartamento de mi madre a coger un par de mantas más, medicamentos y gachas. Estuvo unos veinte minutos ausente. Alguien conjeturó que le estaría costando encontrar los medicamentos. En eso se produjo una terrible explosión, el edificio fue sacudido hasta los cimientos, el polvo de cemento quedó suspendido en el aire y se hizo el silencio. Después se oyó gritar a la gente.

Cuando salimos del sótano a la calle vimos fuego en nuestra escalera. Uno de los vecinos corrió hacia la entrada. Volvió muy pronto y me dijo que Liuda estaba muerta. Todo lo que vino después lo recuerdo como envuelto en una niebla espesa o a cámara lenta.

Intenté entrar a la casa, pero me lo impidieron.

Los muchachos de la fila de al lado están grabando un vídeo para TikTok y se mueren de la risa.

He acelerado la respiración para no llorar. Tania me envía otro mensaje. Me dice que me ha contado su historia por escrito para no tener que hablar de ello cuando nos veamos. Añade que teme no ser capaz de controlar sus emociones y que no quiere llorar.

Me cuenta que la única manera de salir de Mariúpol y, concretamente, de la región donde se encontraban, era a través del territorio ruso. De manera que Tania y su madre, herida,

acabaron en un punto de asentamiento temporal (PVR, por sus siglas en ruso) de la ciudad de Rostov del Don, mi ciudad natal. La madre de Tania murió poco después y a ella la trasladaron a otro PVR, este en Riazán, a un centenar de kilómetros de Moscú.

Un año después de tenerla allí, la dirección del lugar puso a Tania ante una disyuntiva: o renunciaba a la ciudadanía ucraniana en favor de la rusa o abandonaba el alojamiento que se le había proporcionado. La socorrieron voluntarios rusos que operan bajo la amenaza de ser llevados a juicio por sus actividades, que consisten, básicamente, en ayudar a los refugiados ucranianos a marchar a Europa. Fue así como Tania, una mujer rusa provista de un pasaporte ucraniano, que había perdido a todos sus seres queridos en la Mariúpol sitiada, acabó en Naumburgo.

Tania me recibe en el andén. Somos las únicas personas en él. Echamos a andar. ¿A dónde nos dirigimos? En la entrada a la estación hay un monumento: una mujer con una maleta. No me da tiempo a mirarlo. Estoy nerviosa.

—¡Pues no se le nota nada la parálisis! —le digo a Tania.

—Eso es que no estoy cansada —me responde.

No encontramos dónde meternos, porque todo está cerrado. Es domingo por la tarde. Hay una bolera frente a la estación, pero está desierta. Nos sentamos a la barra y pedimos café con leche.

Tania me dice: «No tengo ni una sola foto de los niños en el teléfono. Las he eliminado, porque no puedo mirarlas. Así que no me las pida, por favor».

Hablamos del mar. De cuando a Tania, todavía una niña, la obligaban a llevar un sombrero de ala ancha. De mis propios viajes de niña al mar de Azov al que la llevaban a ella, un mar

en el que, por mucho que avanzaras, el agua siempre te llegaba por la rodilla. Era un mar de poca profundidad: por eso era tan caliente.

Ahí Tania me dice de repente:

—Cuando estábamos en el refugio había con nosotras una joven de veintitrés años, una madre primeriza. No tenía leche en los pechos. Por los nervios, figúrese. Su madre subía a la calle y calentaba agua en un fuego improvisado para bajársela a su hija y su nieto. Un día la mujer cayó abatida de un disparo. Pronto murió también su nieto, el hijo de la muchacha. Murió de hambre y frío, como se puede imaginar.

Yo no me lo puedo imaginar. Pero comprendo enseguida que, si el infierno existe, estará ahí para albergar a las personas que pusieron en marcha esta guerra. Y que ese infierno debe lucir, precisamente, como un sótano en el que una criatura nace y se muere enseguida, y que aquel que cae en ese infierno sabe que todo ello es culpa suya.

Tania me acompaña al tren que tomaré para volver a Berlín con trasbordo en Halle. Ella volverá al centro de refugiados que comparte en Naumburgo con gente venida de todo el mundo. En el centro viven unas trescientas personas repartidas en un edificio de cuatro plantas. Resultan demasiadas para una ciudad tan pequeña, de manera que hay planes de remodelar el centro antes de finales del verano. Eso es algo que horroriza a Tania, porque no tiene a donde ir. Ya nadie la espera en ningún lugar. Tania me abraza y me dice en un susurro tan quedo como el murmullo de la hojarasca mecida por la brisa:

—No sé por qué estoy viva, por qué sobreviví, cómo voy a vivir en adelante. Si quiere, puede contar mi historia en su libro.

Le digo que lo haré sin duda, porque lo que le ha ocurrido a ella es, precisamente, lo que esta guerra es.

Tania suspira:

—No sé si esto tiene algún sentido. Me parece que ya nada tiene sentido, que ya no se puede arreglar nada.

A finales del verano de 2023 Tania voló a Inglaterra desde Alemania. Las amigas mías que la acompañaron a tomar el avión en el aeropuerto de Brandemburgo me enviaron una fotografía de Tania, donde se la ve con una sudadera color cereza y sonriendo.

Tania vive ahora en Inglaterra. Concretamente, en la ciudad de Greyswood, a una hora de viaje desde Londres. Cuenta con una habitación individual en la segunda planta de la casa de una mujer mayor, que en el pasado fue profesora de alemán.

Tania me escribió que jamás había visto una hierba tan verde, ni tanta lluvia. También me ha escrito que confía en que en Greyswood, a tanta distancia de los lugares donde sintió tanto dolor, conseguirá encontrar el sosiego.

*

Quiero manifestar nuevamente mi infinito agradecimiento a todos los protagonistas de este libro. Agradecerles la confianza que depositaron en mí al decidirse a contarme sus historias, y por el esfuerzo que cada uno de ellos hizo para ser sincero.

Creo que todas estas historias son testimonios, genuinos documentos de este tiempo de guerra, que nos permitirán en el futuro, con independencia de lo que ese futuro nos depare, recordar la guerra, la discordia, la violencia.

Estoy muy agradecida a mis queridas amigas Katia Bolotovskaya, Elena Kostiuchenko y Ksenia Rapoport, Chulpán Jamátova y Olga Grinkrug, Natalia Fishman y Daria Trúshkina, Katia Mijáilova y Galina Timchenko, que leyeron este

libro por capítulos o el manuscrito entero, sufriendo con mis protagonistas y prestándome apoyo en los momentos más difíciles del trabajo.

Doy las gracias también de todo corazón a las editoras Yana Kúchina, Olga Bobrova, Anne-Marie Guschina y, muy especialmente, a Tatiana Ershova. Sé que no fue fácil.